

## PREVIARIO DEL DIA

*La sencillez es una honrosa disposición del espíritu; una niñez perenne y encantadora del alma llena de paz y de fresco regocijo.*

*Es la bella cualidad propia de nobles y grandes hombres que rezuma conciencia y humanidad.*

\*\*\*

*La obediencia a la Ley y Autoridad, cuando ésta se ejerce conscientemente y con plenitud y calor de humanidad, es la base de la armonía, contento y prosperidad de los pueblos.*

\*\*\*

*Dichoso el ser que preocupado en su educación y perfeccionamiento no repara ni tiene tiempo en la opinión y crítica sobre los demás.*

\*\*\*

*No dejes pasar momento alguno de concepción o inspiración, que en la conciencia pudiera no volver a forjarse.*

*Haz constancia y huella del momento o circunstancia propicia y no te arrepentirás.*

\*\*\*

*No hay cosa más larga que el tiempo que nos mide la eternidad, ni al mismo tiempo más corta porque nos está faltando continuamente en nuestros afanes y proyectos.*

*Es lento y es fugaz según las ocasiones, pero la verdad es que se nos escapa si no sabemos aprovecharlo.*

*En los cafés se hace tiempo, se pasa el tiempo y se pierde el tiempo.*

TOMAS RIEGO BLANCO

## DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

# EL REY

(1905)

LA muerte del poeta Gabriel y Galán, ocurrida en Guijo de Granadilla en 6 de Enero, fué el triste comienzo del año. Un mes después, el 6 de Febrero, se celebraron en Cáceres funerales por su eterno descanso y una velada necrológica en el Teatro «Principal».

Después de esto, podemos presentar el año cacereño como una película de cuadros brevísimos, para ir a centrarla detenidamente en la figura de su protagonista, el Rey don Alfonso XIII. En los cortos planos secundarios, tenemos la celebración de la fiesta del Trabajo por el Centro Obrero, establecido en la calle del Olmo, fiesta que la buena y cándida gente aplaudía, como si se tratara de un capítulo de los «ecos de sociedad», publicando un periódico conservador este comentario: «Felicitamos a los obreros cacereños por el acto realizado».

No es de extrañar, pues todos los escritores de Cáceres enviaban sus libros al tal Centro, cariñosamente dedicados. Eran los tiempos de miopía, en los que pensaron que aquellas organizaciones iban a ser sociedades recreativas: un entretenimiento de los obreros, que de esta forma estarían contentos y sin meterse en nada.

En los pocos cuadros complementarios de la película cacereña del año solo podemos ya recoger la creación de la «Sociedad Lírico-Dramática», presidida por don Adolfo Fernández; el pobre festejo conmemorativo del centenario de *El Quijote*, la alegría por el indulto de unos reos y el resurgimiento de la triste popularidad de *Concha la Somera*, de la que tanto se habló en el caso de «El muerto resucitado» y de la que volvía a hablarse por haber cometido un crimen en Alcuéscar.

Después de esto, pasamos al personaje y cuadro central: caricias de primavera en el Cáceres pequeño de los tiempos fáciles: abril de 1905.

Sobre el trono secular de España, un rey mozo, casi un niño, ponía la promesa esperanzadora de su juvenil sonrisa. Y ese Rey, Alfonso XIII de Borbón y Habsburgo-Lorena, vino a Cáceres.

Aquel día, 25 de Abril, nuestra vieja ciudad amaneció engalanada, luciendo colgaduras en sus balcones y ventanas. En la pequeña y poco vistosa estación del ferrocarril—esta, es hoy igual que ayer—, materialmente atestada de autoridades, comisiones y público, hizo su entrada el tren regio a las 9 de la mañana. Cohetes, música y repique general de campanas anunciaron a Cáceres la llegada del Soberano. Con él venían los Ministros de Guerra y Agricultura, Marti-

tegui y Marqués de Vadillo; el Capitán General de la Región, General Macías; el Mayordomo, Duque de Sotomayor; el Jefe del Cuarto Militar, General Bascarán; Jefes de Alabarderos y Escolta, ayudantes y otros funcionarios palatinos.

Una compañía del Batallón de Figueras rendía honores.

Cinco arcos se levantaron a lo largo del itinerario que debía recorrer Alfonso XIII: el primero a unos cien metros de la Estación, fué elevado por los obreros de la fábrica de corcho de don Narciso Juanals; el segundo, construido por la Diputación Provincial, se alzaba en la parte alta del Paseo de Cánovas, frente al Parador del Carmen; el tercero emplazado a diez metros de distancia de la desembocadura de la calle de San Antón, había sido elevado por las Cámaras Agrícola y de Comercio; el cuarto, en el centro de la calle de Pintores, lo erigió el partido Demócrata; finalmente, el quinto se alzaba frente al Ayuntamiento y lo había construido este organismo.

Desde la Estación hasta la entrada de la capital—todo aquello era entonces un descampado—la carretera estaba sembrada de gallardetes cubiertos de guirnalda y coronados de banderas. En la Plaza Mayor se alzaron tribunas, construidas por las familias de Montenegro, Becerra y García-Pelayo, el Círculo de la Concordia, la Diputación, el partido demócrata y el Municipio.

En coche abierto, el Rey, que vestía uniforme de campaña, se dirigió a la ciudad, precedido de las fuerzas de la Guardia Civil y acompañado de numerosa y lucida comitiva. Los niños de las escuelas y un enorme gentío se alineaban a lo largo del trayecto. Lluvia de flores, músicas, palomas, himnos cantados por voces infantiles, aplausos y vítores entusiastas revoloteaban en un aire limpio de primavera, al paso de la juvenil Majestad. Bajo el sol claro, Cáceres, rebotante de entusiasmo, de muchedumbre, de luz, de color, era una maravillosa y deslumbrante estampa provinciana, llena de candor, de gracia, de vibración, de barroquismo... En el huracán del bullicio, las voces de los niños ponían su virginal pureza cantando estrofas del himno compuesto por don Eduardo Sánchez Garrido y don Isidoro Cisneros:

«Rey Alfonso, Rey Alfonso,  
tú el benigno, tú el leal,  
tú por tus obras hidalgo  
sin superior y sin par.  
Bendito, bendito seas,  
que por doquiera que vas  
van contigo la alegría,  
la bien andanza y la paz».

Por las calles de San Antón, San Pedro, Plaza de San Juan y calle de Pintores, el Rey llegó a la Plaza, a la cual dió la vuelta, mien-



MADRID. Homenaje a Doña María Luisa Caturia

La fotografía recoge el momento de la entrega del pergamino nombrándola hija adoptiva de Llerena. Asistentes, de izquierda a derecha: Sánchez Cantón, Del Rincón, Marqués de Lozoya, Cossío, Doña María Luisa Caturia y su nieta Verónica, Ortega y Gasset, Alvarez, Velo y Nieto; Rincón (Teniente Alcalde de Llerena), Redríguez de Rivas y Súa, Nieves de Hoyos.

tras culminaba el entusiasmo y los niños seguían cantando delante de la ermita de la Paz. Luego, por el Arco de la Estrella, se encaminó a Santa María.

Tal era la cantidad de flores caídas en el coche regio, que éstas lo llenaban por completo, hasta la altura del pecho de sus ocupantes. Don Alfonso, dirigiéndose al Alcalde de la Ciudad, don José Elías Prats, que iba sentado junto a él, le dijo sonriente:

«Alcalde, de este Rey no queda ya más que el busto».

En la Iglesia de Santa María esperaba el Obispo de Coria, don Ramón Peris Mencheta, revestido de Pontifical y rodeado de todo el Clero. Su Majestad entró en el templo bajo palio, cuyas varas llevaron diputados provinciales y concejales.

Después de cantarse solemne «Te Deum», salió para dirigirse al Ayuntamiento. Allí, en protocolario besamano, desfiló ante el Rey el «todo Cáceres» de los albores del siglo XX. Como representantes de la política provincial iban sus primeras y más destacadas figuras, tales como el Senador y jefe del Partido Conservador, don Miguel Muñoz Mayoralgo; los Jefes de la fracción liberal, don Joaquín y don Juan Muñoz Chaves, y los Diputados a Cortes, señores Camisón, Grande de Vargas y Durán Martín. Como miembros de la vieja nobleza, desfilaron los Marqueses de la Romana, Oquendo y Morella; los Condes de Canilleros, Torre-Arias y Campogiro y el Vizconde de Amaya. El mundo artístico estuvo representado por los jóvenes Jacinto Cabrera Orellana, compositor; Conrado Sánchez Varona, pintor, y Ricardo Collar Arias, escultor.

Tras el interminable desfile de militares, magistrados, funcionarios, comisiones, nobles, políticos, intelectuales, artistas y pueblo, se celebró el banquete, servido por la Casa Lhardy. Luego, el Rey, después de salir al balcón del Ayuntamiento y ser aclamado con entusiasmo, se dispuso a visitar el Santuario de la Virgen de la Montaña.

Al ir a montar en el coche, una mujer, tipo popularísimo, se acercó al Monarca, para besarle la mano y desearle muchas venturas. Se llamaba Catalina Prieto Cisneros, conocida por Catalina *Moco*, y había sido cantinera en el ejército liberal durante la última guerra carlista.

Al llegar la comitiva a la Fuente del Concejo, el Rey bajó del coche, montando en el caballo del Jefe de la Guardia Civil, pues deseaba subir así a la Montaña. Sin embargo, los más caracterizados de su séquito le hicieron desistir del propósito, ocupando en el Calvario el «*landeau*» de don Lesme Valhondo, tirado por un tronco de mulas de la Srta. María García-Becerra.

En la tarde serena y luminosa de primavera, el descendiente de cien reyes ilustres, el nieto de Isabel la Católica, de Carlos V y de Felipe II, se postró reverente ante la Virgen pequeña y bonita de la Montaña. El Rey destinado por la Providencia a consagrar la patria al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles, oró con fervor ante la Patrona de Cáceres. Luego, subiendo al Camarín, besó sus benditas manos. Mientras tanto, la anónima musa popular im-

provisaba y lanzaba al viento coplas tan emotivas e ingénuas como esta:

«Nuestra Patrona querida,  
la Virgen de la Montaña,  
vela desde hoy vuestra vida,  
que es la esperanza de España».

Cuando el Monarca salió de la ermita, desde uno de los picachos de roca que la circundan, contempló el vasto panorama: horizontes infinitos, llanadas inmensas, montes lejanos, encinas, olivares, tierras pardas, verdes besanas, quebrados riberos... ¡Todos los rudos contrastes de la recia Extremadura se ofrecieron allí al Rey! Por unos momentos, Alfonso XIII tuvo ante su vista el histórico terruño extremeño, forjador de grandes paladines de Historia Universal, que pusieron en su corona los más hermosos y preciados florones que ésta lució. Parece ser que el joven Monarca quedó vivamente impresionado por esta contemplación. No es extraño: Un espíritu superior ve desde la Montaña algo más que el grandioso paisaje, ya de por sí impresionante.

Desde allí, bajo el sol cegador y el cielo transparente, sobre la reciedumbre de la tierra, se descubre un hálito impalpable e imperecedero que evoca remotas latitudes y gestas inigualadas.

Al descender de la Montaña, la comitiva siguió hacia la estación, donde el Rey y su séquito tomaron el tren que había de conducirlos a Badajoz. Su Majestad hizo entrega al Alcalde de un donativo de dos mil quinientas pesetas, para repartir entre los pobres de la ciudad.

En el Cáceres pequeño de principios de siglo, aquel 25 de Abril de 1905 fué un luminoso paréntesis en la gris monotonía provincial. Hoy tiene ya para nosotros el episodio todo el vivo colorido de una estampa de pequeña historia, evocadora estampa sentimental de un próximo y desaparecido pasado!

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Lea Ud.

## "ALCÁNTARA"

y propáguela entre sus amistades.  
De este modo contribuirá a difundir,  
dentro y fuera de nuestra región,  
las letras extremeñas.

## SOLUCION

*Para mi amigo Arsenio Pacios.*

### I

Tantas ideas inocuas  
de tanta fría razón...

¡Más sangre de caridad  
en el humano crisol!

### II

—¡Adelante, corazón!

(Hay en los sabios un gesto  
ceñudo de malhumor).

### III

Por el problema del mundo  
al resultado de Dios,  
y el sentimiento por guía  
a través del estupor  
de inteligencias trabadas  
en ciencias de confusión...

### IV

—No te importe si el cerebro  
frena, por miedo al error,  
el ímpetu de tu marcha;  
no te importe, corazón,  
y a la incógnita del mundo  
pónle solución en Dios.

FERNANDO BRAVO